

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO A PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR

D. ZACARÍAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra; y reposó el día sétimo.
Y bendijo el día sétimo, y santificólo.
Gen. Cap. II. v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios.)

Ventajas de la pobreza.

V.

Si la tierra que habitamos fuese nuestra morada perpétua y nuestra ciudad permanente; si todo se acabase con la muerte, y no tuviésemos otro destino que vivir la vida de un dia para caer convertidos en polvo sobre este planeta; si no hubiese mas goces que los terrenos, ni otros bienes que los del tiempo presente, comprendo que mirásemos con horror la pobreza y que todos nuestros afanes se encaminasen á proporcionarnos todo género de comodidades, á satisfacer todos nuestros apetitos, á multiplicar nuestros goces, levantándolos á la altura de nuestras concupiscencias. Pero cuando sabemos que nuestro destino es eterno, que tenemos una alma inmortal

cuyas aspiraciones son á lo infinito, cuyas ideas son mas numerosas que los astros, cuyo amor es una sed inextinguible; cuando la fé, la razon, el sentimiento y la experiencia enseñan de consuno que todo debajo del sol es vanidad de vanidades y afliccion de espiritu, que la naturaleza es una nodriza estéril y mezquina, incapaz de dar al hombre la leche de la verdadera felicidad; cuando sabemos que nuestro corazon no encuentra en lo sensible, material y terreno el contento y la dicha en pos de la cual tan desolado corre, y que siempre estará inquieto hasta que descanse en Dios, entiendo que debemos mirar la pobreza como un bien que nos encamina con fácil y suave impulso al logro del supremo bien, como poderoso talisman que nos abre el tesoro

de los merecimientos, como piedra de toque, de maravillosa eficacia para quilatar nuestras virtudes, como inspiración soberana de grandes alientos para disponer en nuestro espíritu las sublimes ascensiones mediante las cuales ascendemos con alas como de paloma, de virtud en virtud, de perfección en perfección á la cima resplandeciente de los montes eternos donde está Dios, centro vivo de todas las almas, océano sin fondo y sin riberas, donde seremos embriagados con un torrente de goces tan puros, tan incomprensibles y soberanos que exceden todo sentido y trascienden la humana comprensión.

Llenas están las páginas sagradas de frases elocuentes, sentencias profundas y elogios magníficos, en favor de la pobreza, al lado de espléndidas promesas que luego se convierten en gloriosas realidades en premio y para dicha de los verdaderos pobres que sufren por amor de Dios y siguen las huellas de Jesucristo, su maestro, ejemplar y modelo. El Real Profeta asegura que *los ojos de Dios se fijan con predilección en el pobre* (1); que escucha con atento y misericordioso oído los clamores de los po-

bres (1); que en medio de sus privaciones y escaseces reciben del Señor dulcísimos consueños (2); que los libra de la opresión y ayuda á las que están sin amparo (3); que está á la diestra del pobre, protegiendo su vida contra los perseguidores (4). La súplica del pobre, dice el Eclesiastes (5) se eleva hasta las nubes, y llega á los oídos del Altísimo. El que ofende al pobre, ofende á su Hacedor (6). Los que cierran sus oídos á los clamores del pobre, clamarán en su día y no serán oídos (7). No hagas violencia al pobre, ni maltrates al necesitado porque Dios juzgará su causa, y atravesará con saetas de fuego á los que afligieron su alma (8).

Jesucristo, el pobre por excelencia vino rodeado de la pobreza, inauguró su misión divina, en la mayor pobreza, se acompañó de pobres discípulos, y puso por distintivo de su discipulado la pobreza. Y decía: El que quiera seguirme, niéguese á

1 Ibid., XXXIII.

2 Ibid., LXVII.

3 Ibid., LXXI.

4 Psal., 108.

5 Cap., 20.

6 Prov., 27.

7 Ibid., 21.

8 Ibid., 22.

sí mismo, tome su Cruz y sígame. Un día se presentó al Maestro un jóven rico, y le preguntó diciendo: Señor, ¿qué haré para salvarme? Y Jesús le dijo: Si quieres entrar en la vida eterna, guarda los mandamientos. El jóven respondió: Desde mi niñez vengo cumpliéndolos con fidelidad y exactitud. Pues si quieres ser perfecto, vende lo que tienes, distribúyelo entre los pobres, toma la cruz y sígueme. El jóven se fué cabizbajo, y taciturno, y Jesús decía á las turbas: Las raposas tienen su cueva y las aves del cielo su nido y el Hijo de Dios no tiene donde reclinar su cabeza. Y en el famoso sermón de la montaña, cada una de cuyas sentencias valen para curar las llagas sociales algo mas que todos los sistemas de la llamada *Ciencia católica* ó Economía política, decía el Salvador del mundo: Bienaventurados los mansos, los humildes, los pobres de espíritu, los que lloran y padecen, porque ellos poseerán la tierra, porque serán consolados, y suyo será el reino de los cielos.

El perfume de la humildad.

No es la vez primera, mis queridas hermanas de Asociación, que os hablo de la santa Visita de María á Isabel: en

mas de una ocasion os he invitado á acompañar á nuestra Madre en este acto de su preciosa vida tan sencillo en apariencia, y en realidad tan sublime y lleno de enseñanzas y de misterios. En él hemos admirado, ora la caridad de María, ora la discrecion de sus palabras, ya tambien la amistad santa que unia los corazones de aquellas dos venturosas primas; pero hoy quisiera que admirásemos la profundísima humildad de nuestra Madre, y aquella elevacion de sentimientos y de miras que le hacia referir á Dios la gloria y el honor que los hombres á Ella tributaban.

Inspirada por Dios santa Isabel, reconoce en la Virgen á la Madre del Mesías prometido, y la colma de alabanzas y bendiciones por esta prerogativa con que ha sido enriquecida, y las palabras de Isabel, que á otra criatura, menos perfecta y menos humilde que María, hubieran llenado de júbilo por la dignidad misma que se le reconocia, llenan á la Señora de gozo, si, pero es *considerando la bondad del Señor*, y de entusiasmo santo con el cual le rinde la gloria y el honor que es debido; y humillándose mas, cuanto mas se la exalta, llámase esclava y sierva la que es Madre de Dios y Reina y Señora de la tierra y de los cielos.

¿Y es así, hermanas mías, como obramos nosotras al recibir las alabanzas de los hombres? Permittedme que os diga, que distamos mucho, muchísimo, de nuestro celestial modelo, y que tenemos arto que corregir en este punto.

Ordinariamente abrigan nuestros corazones, en las obras que practicamos,

sentimientos y deseos, por cierto muy diferentes de los que llenaban el corazón preciosísimo de María. La santísima Virgen obraba para agradar á Dios con sus obras; nosotras obramos para agradar á los hombres: casi siempre el móvil de nuestras acciones es el complacer á determinada persona; po as veces el complacer á nuestro Dios. María santísima buscaba en sus actos el mayor servicio de Dios; nosotras buscamos en los nuestros nuestra propia satisfacción. Nuestra divina Madre complaciase en todo aquello de que resulta e mayor gloria al Señor; nosotras nos complacemos en lo que nos reporta elogios y alabanzas. De aquí nace, hermanas mías, la preferencia que damos á las obras en que puede brillar nuestro talento y habilidad, sobre aquellas otras que nos hacen permanecer ignoradas, no obstante de ser estas muy gratas á los ojos de Dios.

Si Dios fuese para nosotras, como era para María, el móvil de nuestros actos; si para Él, por Él y en Él obrásemos sin mezcla de amor propio, de interés propio ó de propia complacencia; si estuviésemos persuadidas de nuestra nada, y reflexionásemos que cuanto tenemos son dones del Señor recibidos; ¿podríamos dejar de referir á Dios la gloria en las alabanzas que el mundo nos rindiera? ¿Dejaríamos de confesar á cada instante que no somos sino siervas, y siervas inútiles del Señor?

¡Ah hermanas mías! si queremos llamarnos con verdad Hijas de María, comencemos por imitar á nuestra Madre; que no es buena hija aquella que desprecia el ejemplo y las enseñanzas de la

que le dió el ser, y comencemos á imitarla, practicando la virtud santísima de la humildad, principio y fundamento de las demás virtudes, y que en grado tan inminente poseyó la Virgen inmaculada. Empecemos reconociendo nuestra pequeñez y la grandeza de Dios; obremos siempre por Él y para Él, y la santísima Virgen bendecirá nuestros esfuerzos, y nos hará adelantar en la práctica de esta virtud de que tantos ejemplos nos dejaron nuestros celestiales y divinos modelos Jesús y María.

FLORA, *Hija de María.*

El tío Marisanta.

Dicen que en este mundo no hay felicidad.

Si dijeran *felicidad completa* estaríamos conformes; pero así solo, á secas, que no *hay felicidad*, eso no podemos consentirlo.

Precisamente está aquí el tío Marisanta que nos dará la razón.

¿Quién es el tío Marisanta?

Un tipo que D. Manuel Polo y Peyrolon describe admirablemente en sus *Borriones Ejemplares*, y que vamos á presentar á nuestros lectores con las mismas palabras del autor.

Miradle: corto de estatura, ancho y cargado de espaldas, de buenas carnes sin ser obeso, faz sonrosada, piel curtida y de pocas arrugas, encias no desprovistas por completo de dientes, ojos rasgados y vivos, frente espaciosa, que orlada de cabellos blancos reluce y se pro-

longa hasta el occipucio; viste alpargata abierta, faja y medias azules, chaleco negro de pana, camisa de estopilla y calzones, chaqueta y capote con mangas y capucha de cordellate pardo. El conjunto choca y atrae.

Pocos rasgos son suficientes para dibujar su fisonomía moral. Cristiano viejo á la antigua usanza, vive constantemente en paz con sus prójimos y consigo mismo; no le asusta el trabajo, ni le agujonean deseos irrealizables, ni le cansa la vida, que pasa siempre satisfecho y contento, ni le aterra la muerte, que considera próxima á visitarle. Habla mucho y éste es su defecto único; pero en cambio lleva siempre el corazón en la mano. Para acabar de conocerle, lo mejor es salirle al encuentro.

—¿Qué tal, tío Blas, cómo andamos?

—Pitico, D. Manuel, pitico; aún estoy tal cual para mis años.

—¿Cuántos tiene usted?

—No me acuerdo; pero usted sacará la cuenta..... Cuando la Guerra del francés ya era yo mozo..... Como que me casé apenas me dejaron en paz.

—¿Y cuántos tenía usted al casarse?

—Me paice que veintidos ó veintitres.

—Entonces está usted cerca de los noventa.

—¡Caspitina! ¡Si paice que era ayer cuando vinieron aquellos renegaos!

—¿Hizo usted la guerra?

—Sí, señor, y á mucha honra.

—¿Y quién le puso á usted el mote de Marisanta?

—¡Palleta! D. Manuel, eso es muy largo de contar y de seguro le hará dormir mi charla.

—Al contrario: precisamente tengo curiosidad por conocer sus desventuras.

—Pero ¿de veras quiere usted que le cuente mi historia?

—De veras.

—Atencion, pues, y mano al boton. ¿Se acuerda usted de mi padre?

—No, señor.

—Pues era el mas pobre del lugar, y entre chicos y chicas tuvo nueve hijos. Yo nací el tercero y mientras mamá me tuvo hambre: pero apenas me destetaron empecé á no comer siempre que tenía gana. Hacían mis delicias los mendrugos de pan que por caridad me daban los vecinos, y que comía yo escondiéndome para que no me los quitasen mis hermanos mayores. Si lograba algun racion de pan blanco, me sabia á gloria. Así que me fui solo, me enviaron á la escuela y á la doctrina. Aprendí el Catecismo de corrido; pero en los estudios no pasé de la Jesús. Descalzo de pié y pierna y sin mas ropa que la camisa en verano y unos calzones con mil remiendos en invierno; ¡con qué gusto corríamos por el lugar, hacíamos molinos en los regajos y nos paleábamos en las eras á pedrada seca! A los cinco años me sacaron de la escuela, me dieron una cesta y una escoba y me dedicaron á recojer estiercol por calles y caminos. ¿Pues querrá usted creer que aun me quedaba tiempo para apedrear perros en compañía de otros pilletes como yo?

—Malo era usted por lo visto.

—Malo, no señor, travieso, pues aun que me ve usted tan chafao, yo siempre he sido hombre de chispa y buen humor.

—Vamos que algo queda.

—Pues sí señor, que el que tuvo estuvo y guardó para la vejez, como dice el dicho; pero buena diferencia va.... ¡quien me ha visto y quien me ve....! Luego de mozalvete, me dedicaron á la rueda y á la carda. Hilaba estopa y cardaba lana, y cuando no había otra cosa que hacer y me salía jornal iba al campo. Siempre trabajando mucho, comiendo poco y vistiendo peor, hasta que quiso Dios que me tocó ir á servir al rey y se embió la tortilla.

—¿Mejoró usted de fortuna en el servicio?

—¿Quién habla de mejorar, santo varon? Nunca he llevado vida mas aperreada, pero tampoco tan alegre. En fin.... usted que es muy leido, sabe mejor que yo lo que pasó en la guerra del francés. Cuando se acabó, me vine al pueblo y me casé.

—¿Tendría usted algun ahorrito?

—Si señor, cinco dedos en cada mano, otros tantos mi mujer, y la Providencia Divina, que es un manto que todo lo tapa. Apenas salimos de la iglesia nos pusimos ella á hilar estopa y yo á cardar lana. Entre los dos ganábamos para no morirnos de hambre, y este fué el pan nuestro de cada dia durante los ocho años que nos concedió el Señor de matrimonio.

—¿Y los hijos?

—Tuvimos seis, y por lo visto cada uno traía un pan debajo del brazo al venir al mundo, pues nunca nos faltó que comer. Se nos llevó uno el sarampión, y cuando mi pobre Mónica bajó al hoyo, me quedaron cinco renacuajos como cinco polluelos sin clueca: los cinco cabian

bajo un pandero. ¡Válgame Dios! Al principio me apuré mucho; pero luego me fui acostumbrando á todo, y robando algunos ratos al jornal, lavaba, vestía, peinaba y daba de comer á mis hijos como lo hacia su difunta madre. Los domingos barria la casa, y cuando no tenia otra cosa que hacer, tomaba mi cesta ó mi cántaro debajo del brazo y me marchaba muy sério al río por agua y á lavar la ropa sucia. Pues, créame usted, aun me quedaba tiempo para ir todos los dias á misa de alba y al rosario. ¡Pobrecico de mí! Porque me veian hacer de mujer y frecuentar la iglesia como Dios manda, me sacaron el mote... que usted sabe.

—¿Tío Marisanta?

—El mismo. ¡Cómo ha de ser! ¡El Señor me lo tome en cuenta y me perdone! Mucho se han burlado de mí en esta vida, pero es lo cierto que yo saqué adelante á mis hijos. Nunca les faltó un mendrugo de pan que llevarse á la boca, no han echado de menos á su madre, los he criado en el santo temor de Dios y ahí los tiene usted hoy dia, colocados y con un decente pasar.

—¿Y por qué no vive usted con alguna hija?

—Eso me dicen ellas á todas horas; pero mientras me pueda ganar la vida, no quiero cansar á nadie, ni siquiera á mis hijas.

—Pues qué ¿trabaja usted aún?

—Sí, señor; paso el dia derecho, apartando lanas en la fábrica de bayetas, y gano ocho reales de jornal.

—Pero, hombre, ¿y puede usted resistir?

—Perfectamente, y como el Señor no me envíe algún ramo de perlesía, aún puedo tirar algunos años. Mire usted, yo como de todo, nada me hace daño, duermo como un bendito y me gasto únicamente medio real en el cuarto, donde tengo el jergoncilo para dormir, otro medio en vino, que es la leche de los viejos, y dos reales en comer. Algun cigarrillo me fumo también de cuando en cuando, excepto en Cuaresma que ayuno de tabaco; pero el día que menos, ahorro una peseta.

—¿Y para qué se impone usted tantas privaciones?

—Por un por si acaso, don Manuel, por un por si acaso. Mañana caeré enfermo, y ahí tienen unos dinerillos para asistirme; si me muero, para bien de mi alma y para enterrarme; y si algún hijo ó nieto tiene alguna desgracia, para saearle del ahogo.

—Por lo visto, no reniega usted de su suerte.

—¿Quién piensa en semejante cosa don Manuel? No me canso de dar gracias á Dios por tantos beneficios como me ha dispensado y me dispensa.

—Pocos imitan la conducta de usted: la mayor parte de los braceros del lugar maldicen su estrella y viven hechos unos miserables.

—¿Y sabe usted por qué? Yo se lo digo cantao y rezao y á todas las horas en la fábrica. Porque no tienen honra ni temor de Dios, y donde no hay religion no busque usted resignacion para conformarse con los trabajos, ni privaciones para con el ahorro ir reuniendo poco á poco un capital que nos saque de apuros

el día que sea menester, ni paz, ni buen humor.

—Habla usted como un Santo Padre.

—Al menos me ha ido tan bien con esta manera de pensar y he pasado tan alegremente la vida, que hace tiempo le dije á un alfarero compadre mio: «Mira, chico, si Dios no lo remedia el día menos pensao estiraré la garra, y quisiera me hicieses un ladrillo para ponerlo en mi sepultura, que diga lo siguiente:

«Alegre mi nacimiento,
alegre mi mocedad,
alegre mi casamiento
y alegre en la eternidad.»

—Muy bien, (contesté riéndome): falta solo que se sepa quien es el muerto.

—Tiene usted razon, pero se remedia poniéndole encima.

SEPULTURA DEL TIO MARISANTA.

(De la *Lectura Popular*.)

ARQUITECTURA

DE LAS CATEDRALES Y COLEGIATAS DE ESPAÑA.

(*Conclusion*).

Ceuta. Gótica. Siglo XV.

Ciudad Rodrigo. Bizantina. Siglo XII.

Córdoba. Árabe. Siglo XIII. El crucero es del Renacimiento.

Coria. Gótica. Siglo XVI.

Cuenca. Bizantina y gótica. Siglos XII y XIII.

Gerona. Gótica. Siglo XVI. Portada greco-romana.

Granada. Renacimiento. 1529. Coro gótico.

Huesca. Gótica. Siglos XIV y XV.

Ibiza. Greco-romana. Siglo XVIII.

Jaca. Bizantina. Siglo XI.
 Jaen. Renacimiento. 1532.
 Leon. Gótica. Varios siglos.
 Lérida. Greco-romana. Ultimos del siglo XVIII. La Catedral vieja donde ahora está el castillo, es gótico-bizantina.
 Lugo. Bizantina. Siglo XII. Su exterior es moderno.
 Málaga. Renacimiento. Varios siglos.
 Mondoñedo. Greco-romana 1637. De orden corintio.
 Murcia. Gótica. Siglo XIII. La torre fachada y sacristia son del siglo XVIII.
 Oviedo. Gótica. Siglo XIV.
 Palencia. Gótica. Siglo XIV.
 Palma de Mallorca, Gótica. Siglo XIII.
 Pamplova. Gótica. Siglo XII. Fachada greco-romana.
 Plasencia. Gótica. Siglo XVI.
 Salamanca. Gótica. Siglo XVI. Hay además la antigua Catedral, que es bizantina.
 Santander. Gótica.
 Santiago. Bizantina. Siglo XII.
 Segorbe. Gótica. Siglo XII. Hay varias reparaciones posteriores de diferente orden.
 Segovia. Gótica. Siglo XVI.
 Sigüenza. Bizantina. Siglo XII.
 Solsona. Bizantina en su origen. Siglo XII. Tiene muchas obras del siglo XVI.
 Tarazona. Gótico-bizantina. Varios siglos. Notable claustro del Renacimiento.
 Tarragona. Bizantina. (Tercer periodo). Siglos XI y XIII. Abside puertas laterales y claustro, bizantinos.
 Teruel. Gótica con reparaciones.
 Toledo. Gótica. Varios siglos.
 Tortosa. Gótica. Siglo XIV. El claustro es del siglo XII. La fachada es de diferente arquitectura.

Tudela. Romano bizantina. Siglo XII
 Tuy. Greco-romana.
 Urgel. Gótica en su origen. Claustros bizantinos renovados en el siglo XVI.
 Valencia. Gótica. Siglo XIII. Una portada barroca. Cimbório adornado en 1731.
 Valladolid. Greco-romana, 1595.
 Vich. Greco-romana. Fines del siglo XVIII. Torre bizantina. Claustro Gótico.
 Vitoria. Gótica. Siglo XIV.
 Zamora. Romano-bizantina. Siglo XII.
 Zaragoza. El Pilar Varios siglos. Corintio en el interior. La Seo. Fachada greco-romana. Ventanas góticas y bizantinas. Del siglo XIV al XVI.

— — —
 Nuestro Santísimo Padre el Papa Leon XIII, ha mandado que despues de las tres Ave-Marias, la salve y la oracion que por mandato suyo vienen rezándose de rodillas por el sacerdote y el pueblo fiel concluida cada una de las misas rezadas, se añada la siguiente oración al glorioso arcangel San Miguel:

¡Oh glorioso arcángel San Miguel! Defiéndonos en el combate y sé nuestro auxilio contra la malicia y las asechanzas del demonio. Rogamos suplicantes que el Señor le haga sentir la fuerza de su imperio: y tú, oh príncipe de la milicia celestial, precipita con divino poder en los infiernos á Satanás y á los otros espíritus malignos que andan por el mundo buscando la perdición de las almas. Amen.

Su Santidad ha concedido 300 dias de indulgencia por cada vez que los fieles dijeren estas oraciones.